

La ratafia como resistencia a la modernidad

Sergi Pons Codina tira con bala contra la Barcelona del turismo y la gentrificación en su segunda novela



Foto: César Cid

ELENA HEVIA / BARCELONA

JUEVES, 2 DE MARZO DEL 2017 - 16:47 CET

Del cruce improbable entre **Pere Calders** y **Charles Bukowski** bien podrían surgir las historias de **Sergi Pons Codina**, lo más parecido que tenemos en Catalunya al mundo de adicciones, acelerado y salvaje de **Irvine Welsh**. Un escritor que se mira antes en la vida que en los libros. Nacido en Barcelona, pero trasplantado (ojo al dato) a Parets del Vallés, Pons Codina no acababa de sentirse un escritor solo por haber escrito una novela, '**Mars del Carib**', pese a haber recibido por ella críticas excelentes. Pero esa impresión ha quedado subsanada ahora con la segunda, '**Dies de ratafia**' (Edicions de 1984), la novela que le ha dado el marchamo definitivo. Por lo menos para sí mismo.

Con ella se ha alejado voluntariamente, para no repetir, de aquel mundo grotesco de estupefacientes. Esta novela es un retrato de barrio intencionadamente en contra de esta **Barcelona "turística y modernilla"**, en caída libre por lo que respecta a su identidad. Y todo eso a partir de la ratafía, ese licor anisado y dulzón, con el que ha armado una metáfora resultona. "La ratafía es para mí el antídoto contra la modernidad, una resistencia contra la imbecilidad y la gentrificación", explica al tiempo que saborea un vaso e invita a unas rondas, de buena mañana, a los que quieran acompañarle. ¿Qué tiene de particular la **ratafía**? Pues exactamente eso, que es particular. No hay dos iguales. Se la considera una bebida de abueletes un tanto demodé, propia de Catalunya y, en especial, de la 'Catalunya vella', que suele hacerse en casa con nueces y a partir de las hierbas que buenamente uno pueda conseguir en su territorio, ya sean cuatro o 500. En el caso del protagonista, habitante de **Sant Andreu**, el lugar no puede ser más inhóspito en lo que a vegetación se refiere: Barcelona.

Pese a no querer reincidir en el mundo un tanto 'hooliganesco' de su primera novela, Pons sigue poniendo el foco en el tema de la pobre gente: "**Es la gente de barrio que no ha hecho carrera, a la que nadie se ha dignado retratar**". En este caso, el barrio es Sant Andreu, "un lugar que sigue siendo un poco pueblo y por eso existe una resistencia a la Barcelona turística". También es consciente de que su catalán quizá no sea estrictamente normativo, pero sí está seguro de que está vivo porque es el que se habla en la calle. "De ahí que prefiera decir 'polla' a 'penis' y que eso me lleve a una rica discusión con mi editor, Josep Cots. Es una rutina que me obliga a revisarlo todo". Al editor, por otra parte, más que esos tira y afloja le gusta destacar, muerto de risa, los hilarantes momentos que salpican la trama.

EL BAR COMO CENTRO DEL MUNDO

Protagonizada por **dos personajes un tanto picarescos**, Morell y Quintana, la novela está trufada por las reflexiones filosóficas de la pareja, "absurdas pero muy básicas", en la barra de un bar, ese lugar central donde el autor reconoce ese personal "mundo de felicidad" que conoce bien. "En Parets suelo frecuentar un bar donde no tengo que quedar con nadie para encontrar compañía. Cuando me parece, voy, y siempre hay un amigo".

Desde ese observatorio de la vida, Pons también se permite hacer una crítica a los medios de comunicación, ya que uno de sus protagonistas colabora en la sección de opinión del diario imaginario 'El Popular', siguiendo la tendencia cada vez más en alza "de que vale más la opinión que la información y eso contribuye a

una cierta confusión". Pons tira con bala en defensa de una cierta Barcelona "sin trabajo, sin futuro y sin esperanza" pero se niega a reconocer que su intención sea moralizar. "Sencillamente es un trozo de vida", explica.